

JOSÉ MARÍA HEREDIA COMO CRÍTICO LITERARIO

Por: ROSARIO REXACH

A la memoria de Ángel Aparicio Laurencio,
un excelente heredista, y a la de
Don José María Chacón y Calvo,
que bien lo antecedió.

Es bien sabido que la fama es dama veleidosa que en muchas ocasiones se entrega sólo a medias. Así con el cantor de la libertad de Cuba que fue José María Heredia cuyos poemas enseñaron tempranamente a los cubanos a amar la Libertad, con mayúscula, y a glorificar la lucha por ella. Bien lo acreditó –entre otros– Enrique José Varona cuando le confesó a Chacón que en sus versos había aprendido a amar la libertad. Pero esta fama nacida de su obra poética ha ocultado en gran medida sus méritos como prosista y, sobre todo, como crítico literario. Así lo ha reconocido Romualdo Santos cuando ha escrito:

La obra poética de José María Heredia es vastamente conocida, al punto, incluso, de trascender las fronteras del idioma. Sin embargo, su labor prosística y oratoria se ha mantenido larga y parcialmente velada.¹

Así es. Y se explica. Porque Heredia (1803-1839) no fue a la prosa sino tardíamente, si así puede decirse. Obedecía con ello a la formación clásica de gran valor que había recibido directamente de su padre, quien fue su mentor y al que perdió siendo muy joven. Apenas rebasaba los diecisiete años. Esta educación clásica alimentó sus ansias infinitas de saber por lo que se constituyó en un estudiante de por vida. Algo de esto sugiere al escribir: “La curiosidad es uno de los caracteres de una inteligencia vigorosa. El deseo de saber, aunque suele animarse por motivos extrínsecos y eventuales, parece obrar muchas veces por sí solo...”² Pruébelo su conocimiento del inglés que no había aprendido siendo niño. Pero cuando las luchas civiles en su patria lo vinculan siendo muy joven a la conspiración de los “Rayos y Soles de Bolívar” es descubierto y tiene que exiliarse en los EE.UU. Por cierto que vale la pena recordar que esto va a ocurrir a principios de diciembre de 1823, una semana después de haber llegado a Nueva York el padre Félix Varela. Sólo que el poeta arriba en su escapada a Boston. Son ellos, pues, los primeros exiliados de esa larga teoría de cubanos expatriados que aún perdura.



¹ José María Heredia. *Prosas*. Selección, prólogo y notas de Romualdo Santos. La Habana, 1980. P. 13.

² ---. Artículo “La Curiosidad”. *Miscelánea*, segunda época. Toluca, febrero de 1832. (Cita tomada del libro de Ángel Aparicio *José María Heredia. Trabajos Desconocidos y Olvidados*. Madrid, 1972. p. 92)

En el exilio –como ha escrito Jorge Mañach– “le esperan dos enemigos implacables: el frío y el inglés.”³

De ese primer contacto angustioso con dicho idioma es prueba una poesía que envía a su amiga Pepilla Arango –la Emilia de sus poemas– en cuya casa se había refugiado antes de evadirse. En una de sus estrofas hallamos esta alusión:

Mi oído,
En lugar de tu acento regalado
O del eco apacible y cariñoso
De mi madre, mi hermana y mis amigas,
Tan solo escucha de extranjero idioma
Los bárbaros sonidos...⁴

Que es lo mismo que más espontáneamente le había escrito en su primera carta de Boston donde le decía:

Los vientos contrarios que no nos permitían montar (sic) el cabo Cod, nos han hecho detener en este fondeadero, en una de las pequeñas islas que están junto a Fallsmouth en la costa de Massachussets. Bajé a tierra, y vi con horror lo que es el invierno... El frío horroroso me ha forzado a acogerme a la casa y a buscar la consoladora chimenea. Acabará esta carta y me pondré a revolver periódicos de que no entiendo una sílaba.⁵

Pero no era Heredia hombre de amilanarse. Así –y no se sabe cómo– aprendió el inglés. Del frío, en cambio, no pudo librarse. Pronto le hizo sentir su impacto. Y entonces le comenzó la enfermedad que al cabo, como a tantos en aquella época, afectaba. La tisis lo cercó. Y en busca de clima más benigno logró radicarse en México, donde pasaría su destierro. Esto era ya en 1825. En 1839 acabaría su vida en dicho país, después de un breve viaje a Cuba para ver por última vez a su madre y hermana. No es el momento de comentar ese viaje que tantas angustias y sinsabores trajeron al poeta. Baste a justificarlo, sin embargo, la carta que escribe anunciándoles su visita. En ella dice: “Les advierto, para que no se espanten, que no me van a ver a mí sino a mi sombra o espectro.”⁶

Pero no es el objeto de este estudio insistir sobre su vida. Sí ocuparse de su prosa y, especialmente, de su crítica literaria. Todo ello surgió como consecuencia obvia de lo ya esbozado. Ya en México no sólo tiene el poeta que ganarse el sustento sino también que satisfacer sus apetencias intelectuales. El sustento se lo procura en base a su carrera de leyes, aunque con dificultades indecibles que no es el caso narrar. Las apetencias intelectuales, en la soledad y nostalgia del exilio, las satisface proyectando periódicos para informar a los jóvenes y al pueblo que lo ha acogido de todo lo que ocurre en el mundo culto más allá de los lindes del país en que vive. Así se hace periodista y alguna vez profesor de Historia y Literatura. Pero no debe ser nuestra tarea adentrarnos en esas áreas. Sí en lo del periodismo. Pero antes de ir a ello hay que recordar que todo esto está ocurriendo en los años posteriores a la Revolución Francesa –la gran ilusión del siglo– que había diseminado las ideas de la Ilustración o del Iluminismo,

³ Jorge Mañach. “Heredia y el Romanticismo”. *Cuadernos Hispanoamericanos*, No. 76, feb. de 1957. Madrid. p. 198.

⁴ Ángel Aparicio Laurencio. *¿Es Heredia el primer romántico en la lengua española?* Miami, 1988. P. 22

⁵ J.M. Heredia. *Prosas*. ob. cit. p. 132-133.

⁶ José María Chacón y Calvo. *Estudios Heredianos*. Editorial Trópico. La Habana, 1939. p. 11.

cuyo fundamente consistía en lograr el disfrute de los derechos proclamados mediante la educación. Es respondiendo a estos ideales que Heredia proyecta su labor periodística.

El primero de estos esfuerzos cristaliza en la publicación de *El Iris*, que se inicia el 4 de febrero de 1826 y en cuya introducción escribe: El único objeto de este periódico es ofrecer a las personas de buen gusto y en particular al bello sexo una distracción agradable...⁷ Y luego continúa indicando los temas que se tratarán: poesía, teatro, biografías, obras, descubrimientos en las artes y ciencias, costumbres, música moderna. En fin, todo lo que pudiera ilustrar al público. Así encontramos –entre otros– un trabajo sobre Lord Byron en el número 4 en que dice: “No dista mucho el tiempo en que el noble idioma inglés, idioma de hombres libres, esté tan extendido entre nosotros como el francés.”⁸ Su caso personal lo prueba. Hay otro estudio en el número 10 sobre la “Literatura Francesa Moderna” también de 1826 y otro del mismo año en que habla de “Poetas ingleses contemporáneos”, así como de un poeta casi desconocido: Joaquín Ma. de Castillo y Lanza.

Pero estos trabajos y reseñas en *El Iris* revelan una pluma aun no suficientemente madura. Tal vez sea Max Enríquez Ureña quien haya sido más justo al valorar estos esfuerzos al decir: “Cuando Heredia escribe reseñas teatrales para *El Iris* en 1826, todavía tiene el elogio fácil y sus juicios son generalmente benévolos”⁹ La mayoría de los enterados comparten el criterio.

Pero *El Iris* no pudo sobrevivir el año de su fundación. Y Heredia no se resigna. Pues aunque colaboró en otros periódicos y aún enseñó alguna vez, él necesitaba una revista suya en que pudiese dar rienda a lo que le interesaba, básicamente el estudio de la literatura de su siglo. De ahí nace la publicación que le concita más fama literaria, la *Miscelánea*, cuyo primer número se publica en la ciudad de Tlalpam, en México, el 1º de septiembre de 1890. Fiel a sus ideales culturales escribe en su primer número, esbozando su proyecto, esto: “... conoce su editor las dificultades y peligros de una empresa que no osa esperar provecho ni gloria.” Y continúa diciendo: “Las mentes agitadas por la triste manía de dominar y destruir, miran como despreciables y pueriles las inocentes ocupaciones del filósofo y del literato...”¹⁰

Como bien puntualizó Ángel Aparicio Laurencio que tanto estudió al poeta, dicha revista tuvo dos épocas. La primera de 1829 a 1830 cuando aparece el último número en abril de dicho 1830 y siempre en Tlalpam. En esta primera época se encuentran ya trabajos medulares de información y crítica literaria. Hay reseñas de libros, especialmente poéticos, como el comentario a la obra de Juan Nicasio Gallego. Y hay documentados estudios como el dedicado a la poesía francesa. Y referencias a escritores como Rousseau, Antonio Arnault, Thomas Moore. Numerosas páginas se dedican a reseñar obras de teatro y en el último número de esta primera época aparece un comentario sobre *Las reglas del drama* de Manuel J. Quintana. Además, en estos números hay abundante información sobre las literaturas de la Antigüedad con referencias a Virgilio, a la Mitología y a otros temas.

En la segunda época la *Miscelánea* se publica en Toluca. Comienza en junio de 1831 y continúa hasta junio de 1832. Ya para esa fecha el estilo crítico de Heredia ha madurado considerablemente. Y como el mismo Max Enríquez Ureña ha escrito: “los trabajos publicados en *El Iris* llegan con el andar del tiempo a un sorprendente grado de madurez y firmeza en el juicio, cualidades que prevalecen en sus artículos de la *Miscelánea*.”¹¹

⁷ J.M. Heredia. *Prosas*. ob. cit. p. 27.

⁸ ---. Idem. p. 30.

⁹ Max Enríquez Ureña. *Panorama Histórico de la Literatura Cubana*. Tomo 1. Puerto Rico, 1963. p. 112.

¹⁰ J.M. Heredia. Prospecto de la *Miscelánea* de 1º de septiembre de 1829. En *Prosas*, ob. cit. p. 39.

¹¹ Max Enríquez Ureña, ob. Cit. p. 112.

En esta segunda época persiste su editor en el trabajo de información que se había propuesto, por lo que siguen atendidas convenientemente las antigüedades clásicas –por ejemplo, hay un artículo sobre las ciudades de Atenas y Palmira–, hay cuentos, continúa el estudio de la Literatura Francesa Contemporánea y también de la inglesa y hasta se habla del Hamlet de Shakespeare. Pero el fundamental trabajo crítico de esta segunda época es su “Ensayo sobre la novela” que se publicó fraccionado en tres números: los de marzo, abril y mayo de 1832. Son dichos estudios de una gran riqueza de información para la época, así como una penetración sorprendente, al punto de que el poeta anticipa juicios de este siglo al decir que la novela es un “género tardío”, explicando las razones.

No obstante, tendría que pasar casi un siglo antes de que dicho estudio se conociese y apreciase, y esto sólo parcialmente. Pues fue entonces que Phillip H. Churchman y Edgar Allison Peers en 1922 dieron a conocer la tercera parte del ensayo sin decir quién era el autor. Cuatro años después ya Allison Peers lo identifica.¹² Y no es hasta 1941 que dicha referencia tiene eco en nuestra lengua. Son los profesores Amado Alonso y Julio Caillet Bois quienes primero desde Buenos Aires se ocupan del asunto. Pero prefiero que sea Chacón y Calvo el que hable. Dice:

En el número enero-julio de 1941 de la *Revista Cubana* apareció un admirable estudio de don Amado Alonso, el joven maestro de filología, y de d. Julio Caillet Bois, el muy docto investigador... Escrito con motivo del primer centenario de la muerte del poeta... fue una revelación...¹³

Claro que lo era, pues en dicho estudio se dice de Heredia:

... tenemos derecho a esperar que la edición completa de sus estudios literarios nos permita gustar, aprovechar y admirar al primer crítico de nuestra lengua en el siglo XIX, hasta la aparición de Menéndez Pelayo.¹⁴

Y el estudio completo no se vuelve a publicar hasta 1949 gracias a José María Chacón y Calvo que lo añade como apéndice a su ponencia en el congreso ya nombrado titulada “Heredia y su ensayo sobre la novela”. Posteriormente ha sido incluido en el tomo de prosas heredianas publicado en La Habana en 1980.

Indudablemente este es el trabajo crítico más serio y profundo publicado por Heredia en 1932. Es un estudio muy bien meditado y con gran riqueza de información para la época, aunque se deslicen en él –lamentablemente– algunas apreciaciones no muy bien fundadas como las que se expresan sobre el *Quijote*. Mas no se olvide que la valoración sustancial de Cervantes tardó en asentarse. No es hora de discutir el tema. Pero hay que hacer la advertencia.

En la primera parte del ensayo, de marzo de 1832, el crítico pasa revista a lo que es la novela y se indican las razones –desde el punto de vista herediano– que determinaron que fuese un género de tardía aparición. Según el crítico, la epopeya es la novela de la Antigüedad con

¹² Phillip H. Churchman & Edgar Allison Peers, “A Survey of the Influence of Sir Walter Scott in Spain”. *Revue Hispanique*, Vol. 55, 1922, pp. 249-50. E. Allison Peers, Studies in the Influence of Walter Scott in Spain.” *Revue Hispanique*, Vol. 68, 1926, pp. 147-149.

¹³ José María Chacón y Calvo. “Heredia y su ensayo sobre la novela.”, ponencia presentada en el IV Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, celebrado en La Habana en 1949. Ver las memorias del congreso, p. 177.

¹⁴ Amado Alonso y Julio Caillet Bois. “Heredia como crítico literario.” *Revista Cubana* #15-16. La Habana, 1941, p. 62.

héroes mitológicos. Luego, cuando la sociedad política se organiza, la novela no podía aparecer. La vida privada no existía. Todos eran, simplemente, ciudadanos. Y escribe Heredia: “Mientras más sencillez o grandeza tenía ese modo de considerar la civilización, más se alejaba de lo que debía producir la novela.”¹⁵ Sólo cuando la vida civil se deterioró fue cuando la novela privada comenzó a tener importancia. Y la novela fue, por decirlo así, “el resultado postrero de la civilización”. Por supuesto, es así. Lo que no señala el crítico es que el “humanismo renacentista” centró su atención sobre el hombre y no sobre lo que lo trascendía, ya fuera la sociedad política o el “reino de Dios” como en la época medieval. Sobre el tema tengo un estudio que invito a repasar.¹⁶ Por eso dice Heredia: “Entonces nació la novela, que tiene como objeto la vida privada, y sondea los abismos del corazón.”¹⁷ Y termina esta primera parte diciendo que con el Gil Blas se creó la novela de costumbres.

La segunda parte del estudio sobre la novela se publicó en abril de 1832. Es un análisis detallado de lo que era la moda entonces: la novela de costumbres, la novela de la vida privada y del hombre en sociedad. En mi humilde opinión –y pese a que no ha sido destacado por los críticos– esta parte del estudio tiene tanto o más mérito que el dedicado a la “novela histórica” que es el que más fama ha generado a su autor y que se publicó en mayo de 1832.

En esta segunda parte los aciertos son innumerables. Se refieren a los autores que en la época escribieron novelas de este tipo, especialmente en Inglaterra, Francia y Alemania. De los ingleses se destaca a Richardson en primer término. El estudio que se dedica a analizar su obra *Clarisa Harlowe* es, simplemente, notable. Se destacan en él las virtudes del lenguaje, el acierto en el empleo de la forma epistolar en que cada personaje habla en su propio estilo, “la prolijidad, la fuerza de espíritu y la elocuencia natural”, para usar las mismas palabras del poeta. El entusiasmo por el novelista se hace patente y resume en este juicio que copio:

Todos admiran en Richardson una observación sagaz, la ojeada vasta y variada de un pintor eminente, la imitación exacta de los tonos más diversos, la fidelidad perfecta de los pormenores, la feliz unidad de los caracteres, la verdad de todos, la profundidad de algunos de ellos.¹⁸

Pero no sólo del inglés Richardson se ocupa Heredia. También se detiene en Henry Fielding, en quien critica que imite a La Sage. De los franceses nombra con buen juicio a Mme. La Fayette y a Mme. Stäel, de cuya obra de cuya obra *Delfina* dice fiel a sus convicciones éticas: “Reina en *Delfina* una creencia en el imperio ilimitado de las pasiones, una especie de fe en su poder y nobleza, que pueden producir resultados muy peligrosos.”¹⁹ También se enumeran con juicios no carentes de validez el *Werther* de Goethe por su estilo epistolar y la obra de una rusa Madama Krudener (con error en el original). Sin embargo, el verdadero mérito de esta parte radica en el secreto paralelo que se hace entre la obra de Richardson y la de Rousseau. No es extraño. Ya desde *El Iris* había demostrado Heredia su admiración por el ginebrino, cuyos últimos momentos comenta en un artículo de esa primera revista. En su juicio sobre la obra novelística de Rousseau confirma su admiración y dice:

¹⁵ J.M. Heredia. “Ensayo sobre la novela.” *Memorias del IV Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana de 1949*, p. 188.

¹⁶ Rosario Rexach. “El hombre nuevo en la novela picaresca.” *Cuadernos Hispanoamericanos* No. 275. Madrid, mayo de 1973.

¹⁷ J.M. Heredia. “Ensayo sobre la novela.” Primera Parte. Ob. cit. p. 190

¹⁸ ---. Idem. Segunda Parte. Ob. cit. p. 191.

¹⁹ ---Ibid. p. 194.

Muy apasionado para ser observador imparcial, no dio a sus héroes la vida real y el lenguaje propio que Richardson había prestado a los suyos. Julia y St. Preux, Clara y Lord Eduardo hablaron la lengua de Juan Jacobo: idioma audaz, brillante... modelo casi inimitable, pero cuya hermosura... era por sí misma un absurdo, y no convenía con la forma epistolar escogida por el filósofo.²⁰

Muchas otras opiniones bien basadas hay en esta segunda parte. Pero hay que seguir.

En la tercera sección del estudio de 1832 y que es la única que conocieron Caillet Bois y Amado Alonso, el tema es el de la novela histórica y, principalmente, el del autor más destacado en el género: Walter Scott, cuyas novelas se hicieron justamente famosas. Heredia, al tanto de lo que pasaba en el mundo literario europeo y americano, no pudo sustraerse al estudio de este tipo de novela. Y en la parte que se comenta comienza a referirse a las causas por las cuales las novelas del tipo de las de Richardson perdieron popularidad. En la opinión del crítico esto se debió a que dichas obras se recargaron de datos; o sea –usando sus palabras– “algunos eruditos han creado una especie de novela empedrada con su saber.”²¹

En dicha situación apareció Walter Scott “versado profundamente en las antigüedades de su patria Escocia, pensador correcto y poeta elegante; dotado de prodigiosa memoria y de talento; falto por otra parte de filosofía, y que no se embaraza en someter a juicio la moralidad de los hechos ni la de los hombres.”²²

Por más de dos páginas continúa el crítico refiriéndose a las novelas del escritor escocés que tanta fama adquirió en la primera mitad del siglo XIX y, finalmente, casi al terminar su estudio, dice:

El movimiento, la gracia, la vida, que presta Walter Scott a las escenas de tiempos pasados; la rudeza, y aun la elegancia de sus narraciones, que parecen en perfecta armonía con las épocas bárbaras a que se refieren...han hecho populares las novelas que nos ocupan.²³

Y termina el poeta afirmando: “Estas obras al transportar la imaginación lejos de la sociedad civilizada, tal cual hoy conocemos, dieron el último golpe a la novela que Richardson había concebido.”²⁴

Pero no todo era positivo en su crítica de este tipo de novela. En su opinión la historia no se respetaba realmente sino que se transformaba en ficción y toda ficción es mentira, falsedad, por lo que no estaba justificado el adjetivo “histórica”. Con dicho juicio se anticipó por quince años casi a la opinión de Manzoni, quien en 1845 sostuvo parecido criterio.

No obstante, cayó Heredia ante la fascinación de las novelas de Scott –si así puede decirse– como lo demuestra que tradujese una novela suya *Waverly o ahora sesenta años* que se publicó en 1833, pero que fuera de este dato no he logrado pista sobre la tal traducción. Quede la investigación para los estudiosos del tema.

²⁰ Ibid. pp 193-194.

²¹ Ibid. Tercera Parte. p. 196.

²² Ibid. P. 196.

²³ Ibid. p. 197.

²⁴ Ibid. p.198.

Lo expuesto en las páginas que anteceden muestra hasta qué punto estuvo justificado el juicio de Amado Alonso y Julio Caillet Bois al reputarlo el primer crítico literario en lengua española en el siglo XIX antes de Menéndez Pelayo.

Publicado originalmente en: *Círculo: Revista de Cultura*, Vol. 26, 1997. Págs. 149-157.